

Verde poma del árbol de la ciencia.
Lo de hoy y lo de ayer;
el grito a ultranza y la aposada esencia
de los mostos añejos.

Catador

de fuerte paladar, el vino fuerte
era su preferido: vid longeva.
Pero buen bebedor, por igual suerte
no desdeñaba de la cepa nueva.
Y juventud audaz
que removiese el charco literario,
siempre encontraba un eco: el comentario
de su certera crítica mordaz.
Aquel mordaz estilo refranero,
tan español, tan puro, denso y ancho,
que le diera el tratarse el día entero
con Celestina, Don Quijote y Sancho.

La voz tenía recia. El gesto, duro.
Un imperioso mando en la mirada.
Y aun con eso, yo os juro
que sabía atraer, como la espada
que nos va a atravesar.

Fue base y muro.

No existió polemista
que más gustara discutir. Vivió
para oponer el «no»
sistemáticamente. Y en la arista
de su pluma esquinada, se rompió
cuanto él quiso a pedazos. Su ternura
se diluyó en el campo castellano.
Fue maestro y cantor de la llanura.
La sembró surco a surco y grano a grano.